

nuestro invadido territorio. Dupin, en una de tantas expediciones, había comenzado por incendiar una ranchería de Bujanos, por fusilar á la madre y por violar á la esposa; iguales hechos obligaron á Méndez, inolvidable también para Tamaulipas, á convertirse de rancharo en soldado. Méndez, en combinación con Bujanos, defendía la parte Sur del Estado; la del Norte dió lugar á otros episodios que tal vez más adelante podrémos narrar.

El comandante Bujanos era un hombre de unos cuarenta años, de estatura mediana, moreno, nervudo, de ojos, pelo, cejas y bigotes negros, vestido de cuero, montaba magníficos caballos y daba pruebas de grande actividad, audacia y valor. Méndez figura en nuestra historia; Bujanos ha quedado obscuro, y sin embargo, ambos eran igualmente patriotas y valientes.

Cuando supieron que la brigada Douay marchaba sobre Tamaulipas, Méndez se encargó de defender el paso de la Sierra, por el camino que conduce de Tula á Tampico, y Bujanos el paso de la *Boca del Abra*. Tula fué ocupada á la vez que la Villa del Valle del Maíz, y de estas dos poblaciones salieron dos columnas, que obrando combinadas, deberían forzar el paso de las gargantas de la Sierra.

Bujanos contaba con unos cien hombres para ponerse al frente de aquella brigada.

Corría entonces el año de 1864.

Las águilas francesas se paseaban orgullosas por la mayor parte de la República; las águilas nacionales se ocultaban en nuestras sierras, para en ellas defenderse mejor; cada día era para nosotros un nuevo desengaño, porque cada día también contaba para nosotros una nueva defección y para los invasores un nuevo triunfo. Llevábamos un año de una serie no interrumpida de vergonzosos descalabros y de ignominiosas derrotas. Hoy por fortuna ya no sangran aquellas heridas.

El comandante Bujanos, con sus cien hombres, ocupaba la parte de la mesa de la Sierra de Tonachipa, más inmediata al cañón de *La Boca del Abra*; la brigada Douay haciendo jornadas de cuatro leguas, avanzaba lentamente sobre la cañada. Nuestros rancheos estaban resueltos sencillamente á morir.

Cuando los exploradores de la brigada Douay llegaron á *La Boca del Abra*, es decir, á la abertura de las montañas que tiene ese nombre, Bujanos los dejó pasar sin oponer resistencia alguna; y ellos, sin sospechar la presencia de nuestras tropas, se internaron en el angosto y largo cañón, cuya parte superior ocupábamos.

La brigada, dividida en dos gruesas columnas, marchaba tranquila, simétrica, regular, como podría marchar en una gran parada; los oficiales franceses admiraban la hermosura del paisaje, á la vez que procuraban conservar el mejor orden de marcha.

El sol había recorrido la cuarta parte de su gigantesca curva cuando empezó la defensa.

La primera columna llegaba á la mitad, poco más ó menos del largo y hondo cañón y á su parte más angosta, cuando los guerrilleros de Bujanos comenzaron á hacer caer sobre ella una verdadera lluvia de grandes pedruzcos, proyectiles

colocados allí por la naturaleza para nuestra defensa.

Monolitos de algunos metros cúbicos eran lanzados por nuestros soldados sobre los que formaban la columna. Unas vastas palancas movidas por cuatro ó cinco hombres, bastaban para lanzar desde aquella altura grandes rocas que pesaban centenares de arrobas. Las piedras caían sin hacer ruido, siniestras y terribles, sembrando el espanto y la muerte á su derredor.

El declive fuertemente pronunciado del piso del cañón, hacía que las piedras fuesen rodando sobre sí mismas y que no pudieran detenerse antes de doscientos ó trescientos metros; las rocas desprendidas adquirían fuerza por la caída, y al ir rebotando, causaban espantosos estragos en la columna, en la cual se introdujo el desorden pasados unos cuantos minutos.

Los soldados franceses comenzaron un fuego nutrido de fusilería, mientras las rocas los aplastaban.

Durante una hora, ó poco más, la columna francesa se batió intrépidamente, tratando de avanzar. Algunos de nuestros soldados heridos por las balas francesas, caían del borde superior sobre el fondo del barranco é iban como las piedras, rebotando sobre las asperezas de las rocas. Aquellos eran proyectiles humanos.

Al medio día la columna, que había hecho alto, se vió obligada á contramarchar, acampando á la entrada del cañón, mientras nuestros soldados, ebrios por el triunfo de haber hecho retroceder cien á tres mil, seguían ocupando las mismas posiciones.

+ + +

Durante la tarde del mismo día, trataron de asaltar la mesa de la Sierra; pero esto era imposible y renunciaron pronto á encontrar otro paso. Al anochecer, las fogatas anunciaban las respectivas posiciones.

No se habían recogido los heridos; escuchábanse quejas que subían del fondo del barranco, mezcladas con rugidos: las fieras recogían el botín de la batalla. Los árboles confundían sus perfiles con las sombras y en el cielo densas nubes opacaban el fulgor de las estrellas. Débiles relámpagos iluminaban á veces hasta el fondo de la cañada, en el cual los heridos se defendían de los jaguares americanos, pero lo instantáneo de su luz no permitía apreciar detalles que probablemente han de haber sido horrorosos; por los horizontes se mezclaban las sombras, los mantos oscuros de las montañas y las nubes, más oscuras aún de la atmósfera, en una sola masa negra. En aquella noche los astros estaban reemplazados por las fogatas militares.

Como al mediar la noche, los rugidos de las fieras cesaron y en nuestro campamento se introdujo la alarma, nuestros leones guardaban el paso del barranco y cuando se retiraban á la selva, era porque la columna avanzaba. Douay, queriendo evitar aquella horrible carnicería, trataba de pasar protegido por las sombras de la noche. Las fogatas seguían brillando para engañarnos y la co-